

archiducos en los tronos de Parma, Módena y Toscana, el Piamonte había cesado de ser la potencia preponderante en Italia, á pesar de la adquisicion de Génova. Aun puede decirse que esta adquisicion le quitaba fuerza; pues que la nobleza genovesa echaba de ménos su antigua dominacion; las personas cultas sufrían con impaciencia el absolutismo; la plebe recordaba los tiempos republicanos, en que no pagaba nada, y para defender la ciudad, no tanto contra los extranjeros como contra los habitantes, era preciso tener en ella mas soldados que los que daba de sí todo el Genovesado. Lisonjaba, pues, la imaginacion de los hombres generosos el deseo de emancipar al Piamonte de la tutela austríaca, poniéndolo á la cabeza de la Italia redimida, y para fomentarlo, se esparcía la voz de que el Austria recelosa queria obligar al rey á recibir guaranición alemana en su país, y á cooperar á la guerra contra Nápoles. Decíase tambien que el emperador austríaco pensaba, por medio de un matrimonio, agregar el Piamonte á los Estados de su familia, en perjuicio del príncipe de Carignan, heredero presunto, sospechoso de liberal.

El ejemplo hizo que se hablase mas alto de independencia amenazada, de constitucion, de unidad italiana, y las sociedades secretas entablaron relaciones y se pusieron de acuerdo con los Milanese (1). Pareció llegada la ocasion propicia cuando los Austríacos, que estaban á las puertas del Piamonte prontos para apagar la primera chispa revolucionaria, se pusieron en marcha contra Nápoles. Ciertamente, se decía, los héroes populares se defenderán con obstinacion; los montes son los baluartes de la libertad; los guerrilleros jamas fueron domados, y entretanto se verificará en el Piamonte la insurreccion sin obstáculo; Milan secundará el movimiento; la Rumania y los pequeños Estados no tardarán en seguirlo, y toda la Italia Superior se hallará constituida ántes que los imperiales vuelvan para reprimirla: Francia nos favorecerá, á lo ménos encubiertamente, y y en ningun caso permitirá que Austria éntre armada en uno de los países lindantes con los suyos (2).

(1) L'han giurato: non fia che quest'onda  
Scorra più fra due rive straniere;  
Non fia loco ove sorga barriera  
Fra l'Italia e l'Italia mai più.  
L'han giurato. Altri forti a quel giuro  
Rispondean da fraterne contrade,  
Affilando nell' ombra le spade  
Che or levate scintillano al Sol.

Manzoni.

(2) Durante el congreso de Viena, muchísimo había trabajado el célebre José de Maistre, que se había quedado en Rusia en calidad de ministro de los reyes decaídos, para que fuera el Piamonte, no solo restablecido, sino tambien engrandecido. Desde Paris escribía á su rey: « Le procès du genre humain contre un monstre a été jugé définitivement à Paris... Mais pourquoi l'île d'Elbe au lieu de celle de Botany-Bay, qui est sensiblement plus grande et plus commode?.. Bona parte n'est plus un homme qu'il fallait laisser dans une petite île au centre de l'Europe avec des millions à sa disposition. »

Y luego cuando todo estuvo combinado, extrañaba que se

¿Pero qué constitucion adoptar, la francesa, la española ó la inglesa? porque siempre se estaba imitando, en vez de fundarse en las bases históricas y nacionales. Para resolver esta cuestion, se enviaron tres diputados á la venta de Paris, á la cual reconocian por centro comun los liberales de España, los radicales de Inglaterra y los carbonarios de Italia, y fué preferida la constitucion española. Esto inspiró recelos al gobierno francés, el cual informó de todo al piamontes, quien prendió al príncipe de la Cisterna á su vuelta de Paris, cogiendo así en su mano los hilos de la trama. Pero no tuvo bastante resolucion para romperlos, y otros los reanudaron no obstante la ocasion que dió el suceso á lentitudes y disensiones.

Mientras en Turin se retardaban los preparativos á causa de la vacilacion del príncipe de Carignan, que unas veces se adhería á estos planes y otras los rechazaba, estalló la Revolucion entre los militares en Fossano y en Alejandria; corrió entre las filas el grito de Italia, excitándose mutuamente á libertar al rey de la tutela de Austria, y el ejército entró en Turin gritando: *Viva la constitucion, mueran los Alemanes*. La proclama de Santa Rosa estaba escrita en términos respetuosos para con el rey; decíase en ella que se trataba de ponerlo en actitud de seguir los impulsos de su corazón italiano, y de dar al pueblo la sensata libertad de manifestar los deseos al trono como los hijos á un padre. El rey, que conocía la declaracion de Troppau y sabía que los aliados estaban plenamente resueltos á oponerse á toda clase de novedades, protestó que no autorizaba cosa que pudiera dar pretexto á los extran-

hubiesen dejado dar Parma y Plasencia á Madama Luisa, poniendo así otra muralla al engrandecimiento del Piamonte; pero se quedaba furioso con la division de la Saboya y Niza.

« Ce n'est pas sans une puissante raison que le duc de Savoie et le comté de Nice appartiennent à un prince italien. Ces deux avant-postes formaient toute la sûreté de l'Italie. Nuls par eux-mêmes, ils acquiescent par leur position et leur dépendance politique une importance de premier ordre. Le ministre qui trace ces lignes se souvient d'avoir comparé plus d'une fois les deux pays à deux zéros, qui centuplent la valeur du chiffre auquel ils sont attachés. Ce vide entre la France et l'Italie proprement dite était nécessaire à la sûreté de ce dernier pays. Ce serait bien mal connaître l'action des grandes puissances, mais surtout celle de la France, la plus active de toutes, que d'imaginer qu'elle se tiende tranquille en Savoie... Elle se rappellera l'axiome de Mazzini, que les autres puissances paraissent avoir tout à fait oublié: Sans la Lorraine et la Savoie, vous ne serez jamais roi... Elle arrivera aux Alpes avec ses citadelles, son artillerie, ses ingénieurs; du haut de ces monts elle pourra voir la citadelle de Turin, et le petit nombre de marches qui l'en séparent: en un mot, il n'y aura plus d'Italie. »

Al rey del Piamonte daba consejos muy diferentes de los que se siguieron.

« Caressez l'esprit italien. L'esprit italien est né de la Révolution, et jouera bientôt une grande tragédie. Notre système timide, neutre, suspensif, tâtonnant, est mortel dans cet état de choses. Que le roi se fasse chef des Italiens; que dans tout emploi civil et militaire, de la cour même, il emploie indifféremment des révolutionnaires, même à notre préjudice. Ceci est essentiel, vital, capital. La Révolution fut d'abord démocratique, puis oligarchique, puis tyrannique; aujourd'hui elle est royale, mais toujours elle va son train. L'art du prince est de régner sur elle, et de l'étouffer doucement en l'embrassant; la contredire de front ou l'insulter, serait s'exposer à la ranimer et à se perdre du même coup. »

43 de marzo. jeros para invadir su amado país; y fiel á este propósito, descendió lealmente de un trono que no quiso contaminar con el perjurio.

El duque de Génova, que debía sucederle y que se hallaba en Módena, desapareció desde luego la constitucion y declaró acto de rebelion toda medida que tendiese á mermar la absoluta autoridad régia. Carlos Alberto, que había sido nombrado por Victor Manuel regente del reino, despues de largas vacilaciones, había jurado la constitucion española, pero no había podido decidirse nunca á declarar la guerra á Austria, á convocar de los colegios electorales, ni á aceptar las ofertas de los Lombardos, dejando así que pasaran los momentos decisivos. Luego que supo la declaracion del nuevo rey, creyó que no podía permanecer por mas tiempo entre sus antiguos, compañeros, y sintiéndose incapaz de dominar la Revolucion, huyó al ejército real que se reunía en Novara á las órdenes del conde Sallier de Latour. En Milan el general austríaco lo saludó, mofándose, con el título de rey de Italia; en Módena fué tratado como un vagabundo y arrojada su carta á la cara de su escudero, y por último, se vió obligado á retirarse á Florencia, á digerir el oprobio, confesar sus faltas y presentar sus disculpas (1).

La Lombardia, ó por vacilacion de los jefes, ó por falta de concierto, no respondió al movimiento de sus vecinos; la Saboya se declaró tambien por el rey, y la discordia reinaba entre los liberales mismos, pidiendo unos la cámara única, otros las dos cámaras; estos habían proclamado como objeto primero del movimiento la independencia nacional, adoptaron una constitucion extranjera, á lo ménos para ofrecer un símbolo al país; en Ale-

(1) El marques de la Maisonfort, ministro de Francia en Florencia, se interesó mucho en disculpar á Carlos Alberto, recomendándolo con eficacia al ministro de negocios extranjeros Pasquier. « Les torts qu'on reproche au prince de Carignan sont presque tous dans ses liaisons en précedence de la révolution du mois de mars dernier. Il ne les nie pas, mais il assure que l'on exagère... Chef d'une espèce d'opposition qui, selon lui, était purement militaire, le prince eut le malheur de se brouiller ouvertement avec le duc de Gênois... Le jeune prince était donc dans une situation dont ses entourages abusaient quand la révolution éclatée. Trop jeune pour s'apercevoir que cette rébellion était sans base, il l'a jugée trop puissante pour ne pas croire de son devoir de se jeter à travers, afin d'obtenir la confiance et le pouvoir, qui seuls pouvaient l'étouffer. » (Correspondencia de 19 de junio de 1821.) Y mas abajo: « Arrivé à Novare, où il reçut l'ordre d'abdiquer tout pouvoir et de se rendre en Toscane, quel fut, m'a-t-il dit, son étonnement et son désespoir de ne pouvoir être reçu à Modène, où le roi Charles Félix jeta à la figure du comte Costa, son écuyer, la lettre de soumission qu'il lui portait! » Y el 22 de diciembre: « On continue de calomnier et d'écarter le prince de Carignan de Turin. On aurait été bien plus loin si la France n'avait semblé le couvrir de cette égide, qu'elle offrira toujours à la légitimité. IL M'A PROMIS PATIENCE ET CONDUITE IRRÉPROCHABLE. »

Estas cartas publicadas por los apologistas dicen mas que todas las declamaciones de los adversarios.

El que mas trabajó para la rehabilitacion de Carlos Alberto, no obstante el odio y desprecio de Carlos Félix, fué el gran duque de Toscana, segun lo atestigua la correspondencia diplomática de aquel país, que he visto yo mismo, y que no se ha publicado hasta el presente

T. VI.

jandria una *junta de la federacion italiana* manifestó explicitamente sus deseos de declarar la guerra al Austria y poner la corona de Italia en las sienas del rey del Piamonte. Esta junta escribió en sus banderas: *Reino de Italia, independencia italiana*. Santa Rosa, ministro de la guerra, trató de despertar el valor con la esperanza; pero lo impidieron la desercion de Carlos Alberto, el rumor de la derrota de los abruzos y la noticia de que cien mil Rusos se habían puesto en marcha desde los confines de Volinia para restablecer el poder absoluto de los reyes de Nápoles y de Cerdeña. Ya venian sobre los liberales los realistas y los Austríacos mandados por el general Budna, que en Lombardía había tomado parte tal vez en las tramas y ciertamente en las esperanzas de los carbonarios; hubo un encuentro en Novara (8 de abril de 1821) y allí quedó concluida la Revolucion.

En Lombardía había penetrado la secta de la *federacion italiana* que debía servir de vínculo comun á las poblaciones sublevadas, y estaban ya dispuestas una guardia nacional y una junta de gobierno, « á fin de que pudiese ser mas inmediato y vigoroso el impulso que se diera á la Revolucion partiendo de Milan, centro del poder, á las provincias. » Apénas el ejército piamontes pasase el Tesino, debían sublevarse Milan, Brescia, sus valles y campiñas, y ocuparse las cajas y fortalezas, entre ellas la de Peschiera y la Roca de Anfo (1). El virey tuvo tanto miedo que se dejó inducir torpemente á vender sus muebles y vajilla; pero la rapidez de los acontecimientos, la inconcebible falta de concierto, la vacilacion de los jefes ó los temores concebidos desde el primer momento por los Turineses de perder la capital del reino, fueron parte para que la Lombardia no se moviese; y así no tuvo que padecer los martirios que describe Pellico y que arrancan lágrimas de virtuosa indignacion. Austria se fingió libertada de un gravísimo peligro, y celebró esta inaccion como un triunfo. En los procesos que entónces comenzaron, el acusado se hallaba al arbitrio de un juez especial, sin defensores, sin tener á la vista sus declaraciones ni las ajenas, y padeciendo meses enteros en la soledad de la cárcel entre una y otra indagatoria. Algunas veces los jueces (cuyo jefe era el Tirolés Salvotti), humanizándose, decían al acusado: « V. comprenderá que se halla enteramente en mis manos. Aquí no estamos en país donde la publicidad lo eche á perder todo. Si V. confiesa lo que por lo demas nos-

(1) Sencilas verdades opuestas á las mentiras de E. Misley en su libro titulado *L'Italie sous la domination autrichienne*, pág. 30. — Este libro, escrito por el famoso encausador Zajtotti, asegura que los presos fueron no ya ocho mil, sino setenta y cuatro. La sentencia de 21 de enero de 1823 pone como jefe al conde Federico Confalonieri, que estuvo en Spielberg hasta el año de 1837, en que salió con motivo de la muerte de Francisco I, y que vivió hasta diciembre de 1816. A estos sucesos, ademas del libro de Pellico; se refieren los de Maroncelli, Frignani, Andryane, Parravicini y otros.

39



» otros ya sabemos, el emperador lo perdonará y volverá á su casa honrado; pero si persiste en su negativa, yo puedo deshonrar á V. diciendo que lo ha revelado todo, que ha venido á sus compañeros, y quitarle así lo que parece que estima tanto, es decir, el afecto de la opinion pública.»

No todos supieron resistir á semejantes artificios, y por generosidad, por disculpar á los amigos, por evitar una acusacion, hicieron aquellas leves concesiones que luego conducen á otras, y así se pudieron reunir bastantes datos para condenar á muchos á los martirios asaz conocidos de la fortaleza de Spielberg. Uno solo fué declarado inocente; otros fueron puestos en libertad por falta de pruebas, los cuales se vieron despues reducidos á una situacion tristisima, pues que mientras el gobierno insistia en perseguirlos para justificarse de haberlos perseguido, el público (cómplice demasiadas veces de sus dominadores) dudaba de ellos porque no habian sido condenados, acogia las siniestras insinuaciones difundidas por la policia, y acababa por temer y odiar á aquellos á quienes temia y odiaba el gobierno.

Los Estados Pontificios estaban tambien conmovidos por las sociedades secretas, y tan luego como estalló la insurreccion piamontesa, solicitaron de las tropas sardas que se acercasen á la frontera para proteger sus movimientos; pero estas nada hicieron, y el gobierno pontificio habiendo cobrado fuerza, prendió á muchísimos, formó causa á cuatrocientas personas y condenó á muchas á la pena capital, que el papa conmutó en la de reclusion. Tambien Módena presenció algunos suplicios; pero el gran duque de Toscana no los creyó necesarios porque no habia tenido miedo. Los liberales ademas de haber causado estos perjuicios y los de la numerosa emigracion, la suspicaz vigilancia y los actos sucesivos de represion, sirvieron los intereses de Austria, la cual entonces vió cumplidos sus deseos, extendiendo la alta vigilancia y casi el imperio á toda la península, en la cual habia evitado los tumultos é impedido el progreso mediante un ejército de ocupacion (1).

Los aliados al oír la noticia del inesperado triunfo, exclamaron que « debia atribuirse, no tanto á los hombres que no se habian portado bien en el día del conflicto, cuanto al terror que la Providencia infunde en las conciencias culpables, » y protestando que no les guiaban sino la justicia y el desinteres, anunciaron á Europa la ocupacion del Piamonte y Nápoles, y dijeron á los gobiernos que en la union de los aliados tenian « una segura garantía contra las tentativas de los perturbadores. » Al mismo tiempo declararon por conducto de sus ministros en las diferentes córtes que « el principio y el fin de su política se reducian á conservar lo que habia sido legalmente establecido, con-

(1) La ocupacion austriaca costó al reino de Nápoles 72.000.000 de ducados.

» tra una secta que pretendia reducirlo todo á una quimérica igualdad; » y anunciaron en alta voz que « los cambios útiles ó necesarios en la legislacion y en la administracion de los Estados no debian emanar sino de la libre voluntad de aquellos á quienes Dios habia hecho responsables del poder (1). » Así los aliados se erigieron en custodios y dispensadores únicos de la verdad, de la justicia, de la libertad. Á la Francia no se le dió voto porque habia vacilado, perdiendo así la confianza de Rusia, y la Inglaterra se habia apartado voluntariamente de semejante union de las potencias.

Esta propagacion de las revoluciones mostraba que todos los pueblos se hallaban igualmente preparados, pues que la civilizacion extendiéndose se hace homogénea. De aquí la conciencia de la unidad moral en las diferentes políticas, de donde se originó que el derecho se redujese á gobernar la sociedad por medio de la voluntad general, creyéndose que patria debia ser alguna cosa mas que suelo. Pero no habiendo hombres que supiesen, reverenciando lo pasado, abrir las puertas del porvenir, todo degeneró en sutilezas metafísicas y en imitaciones. Fácil fué, pues, el triunfo de la fuerza organizada; y entonces los liberales, derrotados en todos los puntos, se refugiaron en España para verter su sangre en favor de una constitucion que habian apetecido para su patria. ¡ Cuántos acontecimientos habian tenido que ocurrir para que llegase el día en que Franceses, Alemanes, Polacos, Napolitanos, Piamonteses, Lombardos, hiciesen resonar las orillas del Bidasoa y del Manzanáres con cánticos patrióticos en tan diversas lenguas; en que tantas reliquias de revoluciones se encontrasen agrupadas bajo una misma bandera, en defensa de una causa que sabian que iba á sucumbir, pero que era la suya!

En España, donde estaban ya fijos los ojos de toda Europa, se renovaron los portentos de valor y de constancia que en este país son segunda naturaleza. Pero revivian tambien las pasiones y por consecuencia la discordia. La causa de la libertad andaba muy mal parada, no ménos entre los *descamisados* que entre los *serviles*; y con el crucifijo en la mano y las oraciones de la Iglesia en la boca, se hacian cosas prodigiosas lo mismo que con el *trágala, perro*. El rey

(1) Declaracion á nombre de las córtes de Austria, Prusia y Rusia al cerrarse el congreso de Leibach. — Circular adjunta á esta declaracion y dirigida á los ministros de las tres córtes. Respecto de los actos oficiales, véase cada uno de los años del *Annuaire de Lesur*. En Capelligne (*Diplomates européens*, Milan, 1831, p. 41 y 42), aparece que la Francia no consintió que se prolongase la ocupacion del Piamonte, « car la France ne pourrait souffrir les Autrichiens sur les Alpes. Tous ces actes de cabinet, toutes ces proclamations qui suivent la tenue d'un congrès étaient spécialement l'œuvre de M. Metternich... etc. » Chateaubriand en el *Congreso de Verona* elogia al cardenal Spina, jefe de la legacion pontificia, por haberse opuesto á la invasion austriaca en Italia. Y sobre este particular toda la correspondencia diplomática de la corte romana fué siempre recelosa, al mismo tiempo que opuesta á Austria.

al abrir las córtes pronunció un discurso diverso del que habia acordado con los ministros: enumeró los ultrajes recibidos, y saliéndose sin esperar respuesta, despidió al ministerio y formó un nuevo consejo. Esta disidencia reanimó el furor de los enemigos de la constitucion y de los del rey, aspirando los unos á entronizar el absolutismo y abandonándose los otros á la licencia. Los primeros dominaban la Andalucía y la Extremadura; el cura Merino en Castilla, y en Madrid la sociedad de los martillos, se tomaban la justicia por su mano; las sociedades secretas habian subyugado la autoridad pública, especialmente la de los comuneros, teniendo en cada aldea su *torre* y en cada provincia su *merindad*; y al poder representativo reemplazó el ejercicio inmediato de la soberanía popular.

Morillo, que habia vuelto de la guerra americana, á duras penas podia defender la autoridad, y entretanto la peste asolaba las provincias de Cataluña, de Andalucía y de Aragon. Habíase quitado á Riego el mando de este último distrito, sin publicar las pruebas de una conjuracion de la cual se le suponía jefe; por cuya razon irritado el pueblo de Cádiz y Sevilla, negó la obediencia al rey. Este se vió obligado á convocar otra vez las córtes, las cuales regularizaron la existencia de las sociedades patrióticas y de la libertad de imprenta, y pusieron freno á la demagogia. El rey, para reprimir á los demagogos, nombró ministro á Martínez de la Rosa, á quien encargó la direccion de los negocios extranjeros (1): ministerio moderado que retardó la caída sin remediarla, que tuvo suspendido aquel orden de cosas sobre el abismo sin poder cerrar este. Los *exaltados* cobraron ánimo en vista de la debilidad de los moderados; Riego era el jefe y Mina el héroe de aquellos. En tales convulsiones habia una mezcla particular de antiguas ideas nacionales y de imitaciones de la Convencion. Al ver cómo se equiparaban los atentados contra la religion católica á los cometidos contra la constitucion, parecia que aun duraban los tiempos de Torquemada; y al oír que se decretaba que fuesen los acusados sometidos á un consejo de guerra, juzgados en el término de seis días y fusilados á las cuarenta y ocho horas; al notar que no habia apelacion, ni gracia, que Mina destruía un pueblo entero y escribia: « Pueblos, aprended á no dar asilo á los enemigos de la patria, » parecia que se estaba en los tiempos del terror. Así se pasaba violentamente del extremo del despotismo al de la anarquía, siendo asesino el pueblo y vil el rey, el cual humillándose bajo los ultrajes de una de democracia desenfundada, maduraba su venganza.

Al fin estalló la guerra civil, y el gobierno era cómplice de los realistas, habiéndose puesto á la cabeza de una de estas partidas Quesada y

(1) Entonces se hallaban los negocios extranjeros de tres distintos países en manos de tres poetas, Martínez de la Rosa, Chateaubriand y Canning.

de otra el Trapense, que con el cristo en la mano la guió á tomar la Seo de Urgel, y los gritos de *Viva el rey absoluto* consolaron á Fernando. Pero este no tenia ni valor para vencer, ni firmeza para sufrir la derrota. En Madrid mismo los dos partidos vinieron á las manos: Morillo defendía la causa del orden, Riego estaba á la cabeza de los patriotas, y Fernando no tenia ya autoridad de rey. Entretanto en la Seo de Urgel el gobierno realista llevó á cabo una contrarrevolucion acepta á los ojos del pueblo y comenzó á ejercer actos soberanos « durante la cautividad de Fernando VII; » pero desalojado de su posicion por el general Mina se refugió en el territorio frances.

Entre tantas revoluciones, los aliados resolvieron celebrar otro congreso en Verona, al cual asistieron los reyes de toda Europa con su grandeza y los restos de sus miserias, y los diplomáticos mas celebrados. Cinco asuntos principales estaban al orden del día: el tráfico de Negros; la piratería en los mares de América; la cuestion entre la Rusia y la Puerta; la organizacion de Italia, y la Revolucion de España. Seguian despues tres cuestiones particulares, á saber: la navegacion del Rhin, la insurreccion de Grecia, y los intereses de la regencia de Urgel, la cual se presentaba en concepto de suplicante.

Insistia Inglaterra por la abolicion del tráfico de Negros, pero las demas potencias oponian dificultades, creyendo que los Ingleses no tenian mas objeto que dar salida á los géneros de la India y de la Gran Bretaña, en perjuicio de los productos de los demas países. Ya hemos visto cómo se resolvió la cuestion de Italia; solamente se impuso al Austria la obligacion de evacuar el Piamonte y acortar el tiempo de ocupacion del territorio napolitano. Los diputados de la Grecia tampoco fueron oídos, y en cuanto á la Turquía, importaba conservarla para contener los progresos exorbitantes de la Rusia. Los reyes congregados fijaron los casos en que debían darse mutuamente subsidios. Alejandro, que en 1812 habia reconocido las córtes españolas, se negó entonces á reconocerlas á consecuencia de las insinuaciones de sus aliados; el gobierno frances, temiendo que el incendio español se propagase á sus pueblos, demasiado preparados al efecto, pidió para sí el encargo de extinguirlo; pero Austria se opuso por miedo de que esto restituyera á Francia el influjo perdido. Solo Inglaterra, representada en el congreso por Wellington, aconsejó se guardasen las fronteras, pero que no se atravesaran, y que se tuviera alguna condescendencia con un pueblo en revolucion.

Sin embargo, el congreso intimó á la España, si quería conservar buenas relaciones con las potencias, que diese libertad al rey y « cambiase » por otro aquel gobierno contrario á sus costumbres, á la conocida lealtad de sus hábitos y á sus tradiciones enteramente monárquicas. » Las altas potencias, escuchadas por

32 de junio.

6 de julio.

Setiembre.

Congreso de Verona.



1823.  
Enero.

la España como merecían, retiraron sus embajadores. Por mas que los liberales franceses clamaron contra la afrenta de hacerse ejecutores de decretos liberticidas, Chateaubriand vió aquí una hermosa ocasion para dar á la bandera blanca aquel láuro militar que le faltaba, y así Luis XVIII al abrir las cámaras dijo en su discurso: « Cien mil Franceses mandados por un príncipe, á quien mi corazon se complace en llamar hijo, están dispuestos á marchar invocando el Dios de San Luis para conservar el trono de España á un nieto de Henrique IV, libertar á ese hermoso país de la anarquía, reconciliarlo con la Europa.... y dejar á Fernando libre para dar á sus pueblos las instituciones que solo de su mano pueden tener. »

El dogma de la intervencion no podia ser aprobado por el gabinete inglés ni por las cámaras, que protestaron vigorosamente; pero no pareció que debia impedirse á mano armada la invasion francesa, por mas que la oposicion, partidaria de los grandes proyectos contra la tiranía del Norte, insistió en que se adoptáran medidas mas conformes con la dignidad de la nacion. El duque de Angulema entró en España proclamando la libertad del rey, y en breve se unieron á su bandera todos los descontentos, frailes, curas y plebe. Los que intrépidamente habian lanzado á los Franceses de la sagrada España, entónces invocaban su auxilio: tan poco habia penetrado en el país el nuevo orden de cosas; tan poco popular habia sido aquella metafísica de unos hombres que no habian sabido respetar lo pasado ni sublimarse hasta el pueblo. Por otro lado los liberales representaban á los ojos de la multitud el papel que los Franceses en 1810, amenazando á la religion y al rey. Así fué que Angulema entró sin resistencia en Madrid y el gobierno español se trasladó á Cádiz con el rey. Entónces comenzó la reaccion: la regencia declaró traidor aquel gobierno, llenó de víctimas las cárceles, restableció los antiguos abusos, y dió estímulo á la venganza.

Habiendo abandonado los jefes militares el campo sin resistencia, porque el pueblo no los auxiliaba, luego que Ballesteros y Morillo depusieron las armas, marchó Riego á tomar el mando del ejército de Cataluña, único que se resistia; allí impuso una contribucion de guerra y aplicó á las necesidades de esta los vasos sagrados; pero aunque combatió como desesperado, habiéndosele disminuido considerablemente sus tropas, hubo de apelar á la fuga. Cádiz, protegida por quince mil hombres y dos mil cañones cayó en poder del enemigo. El rey (octubre de 1823), libre de las trabas que le imponian las leyes que habia jurado, declaró nulo cuánto se habia hecho en la época constitucional; no quiso dar oídos ni á los Franceses que lo aconsejaban el perdon, ni á los representantes de las demas potencias que lo invitaban á dar buenas instituciones; nombráronse comisiones militares en todas partes, y ni el sexo ni

23 de  
abril.Octu-  
bre.

la edad fueron admitidos como excusa. Muchos de los comprometidos pudieron escapar, pero Riego, capturado en la fuga, fué llevado á la horca sobre un asno; y cincuenta y dos compañeros de Torrijos cogidos á traicion en 1830 fueron fusilados en un mismo sitio.

Los liberales europeos, estólidamente acotumbrados á mirar á Francia como protectora de las ideas avanzadas, no sabian volver de su sorpresa al verla hacerse ejecutora de decretos despóticos, restaurar á un rey absoluto y asistir al fusilamiento de los patriotas. Por el contrario los realistas ostentaban con maravilla aquellos cien mil hombres que habian atravesado impunemente la España, escollo de Napoleon, para ir al extremo de una isla inexpugnable á libertar al rey, y que al cabo de un mes volvian sin traer entre las manos otra cosa mas que las mismas armas que habian llevado. El sombrero y la espada benditos que habian honrado las victorias turcas de Don Juan de Austria, de Sobieski y de Eugenio de Saboya fueron enviados por el papa al héroe de este triunfo; triunfo sin gloria ninguna y que no fué agradecido ni aun por los mismos en cuyo favor se habia alcanzado. Carlos Alberto de Carignan, combatiendo en el Trocadero, se lavó ante los reyes la mancha de haberse dejado saludar rey de Italia (1).

El Portugal corria siempre la suerte del país vecino. El pueblo no estaba educado para las nuevas formas constitucionales, segun las cuales todos los ciudadanos mayores de veinticinco años tenian derecho electoral. En medio de los ímpetus de la libertad habia pretendido someter de nuevo al Brasil al sistema colonial; pero los Brasileños respondieron proclamando á Don Pedro emperador, de donde se originó una guerra muy favorable á los proyectos de la Santa Alianza.

La reina estaba en Lisboa á la cabeza del partido absolutista, y en favor de este se sublevó el conde de Amarante, que unido á los Franceses de España y á Don Miguel, hijo segundo del rey, proclamó el gobierno absoluto (2).

(1) No deja de ser una cosa rara la medalla acuñada entónces. Lleva el retrato de Carlos Alberto, y la leyenda: « Toma del Trocadero, 31 de agosto de 1823. » Tiene 41 milímetros de diámetro. Los regimientos de la guardia real ofrecieron al príncipe de Carignan las charreteras de granadero.

(2) En el decreto de 4 de junio de 1824, Juan VI manifestaba la excelencia de la antigua constitucion: « Sepan cuantos las presentes vieren como despues de maduro exámen sobre los principios de la antigua constitucion portuguesa, en la cual se encuentran aquella admirable armonía y aquella prudente combinacion cuya incalculable utilidad para la nacion portuguesa ha demostrado la experiencia de tantos siglos, utilidad tal que ninguna mayor, ni aun igual, podría esperarse de nuevas y diferentes instituciones; considerando segun los mas sabios políticos « no puede ser ventajosa para una nacion una forma de gobierno que no está perfectamente conforme con su índole, con su educacion y con sus antiguas costumbres, y que las tentativas hechas para reducir á un tipo general los usos particulares de las naciones son peligrosas y casi siempre impracticables; hemos pensado que no conviene demoler el noble edificio de nuestra antigua constitucion politica, compuesta de leyes sábias, escritas ó tradicionales... y tanto menos cuanto que la antigua constitucion portuguesa contiene en

Así en todas partes era vencido el partido liberal; pero no caía con él la libertad, ese Judío errante que camina siempre y no llega jamas, pero que nunca desespéra.

## CAPÍTULO XX

Turquía y Grecia.

Con estas revoluciones se quiso confundir la de Grecia, excitada por sentimientos y necesidades de muy distinto género.

Hemos dicho repetidas veces que consideramos al imperio turco como fuera del derecho comun, como semejante á una horda armada que ha plantado sus tiendas en los países mas hermosos de Europa y Asia, y mantiene en la prolongada miseria de la ignorancia y de la barbarie á las naciones verdaderas; naciones cuya voz debe ser escuchada mucho mas que el ruido aterrador de los tambores del ladron otomano. Todo aquello que nosotros miramos como barbarie, de lo cual nos gloriamos de vernos exentos, subsiste en Turquía. Las propiedades no son seguras, siendo único amo el sultan, al cual pasa una parte de ellas cuando el muerto tiene herederos y el todo cuando no los tiene; los empleos son conferidos á quien los paga; se compran y se venden los testigos; se roban las mujeres para poblar los serrallos y los hijos para hacerles eunucos, ó prostituirlos. Los Turcos no estando adheridos al suelo ni habiéndose elevado jamas á la dignidad de nacion, exigen un tributo del país, donde la organizacion municipal que ha sobrevivido á la conquista conserva inalterables el deseo y la necesidad de independencia, y no se mantienen en el territorio sino porque su poder central es superior á las leyes anárquicas de los oprimidos y de los insurgentes, á quienes las pasiones tambien dividen y debilitan. En las sociedades cristianas todo conspira á la igualdad política y á desarrollar las facultades individuales para el bienestar general, asegurado por la armonía del derecho y de la obligacion. Los grandes Estados europeos no son puestos en peligro por las culpas de sus jefes, y si la fuerza ciega pudo mudar gobiernos y fronteras, permanece invicta la fraternidad nacional para dirigirse al cumplimiento de su destino. En la Turquía Europea por el contrario, diez y seis millones de súbditos están aglomerados al rededor de un puñado de Turcos (1), rivales entre sí y enemigos por religion é intereses. Todos los musulmanes tienen

» si todos los elementos necesarios para garantizar la religion, la majestad del trono, la seguridad de los derechos individuales de todos los súbditos, y el buen orden de la administracion pública.

(1) En 1841 se suponian 30.760,000 habitantes en el imperio turco, de los cuales eran 11.900,000 Cristianos ó Judíos; quedaban, pues, 18.860,000 Turcos, repartidos en 2.340,000 millas cuadradas, habiendo país en que en una milla cuadrada apenas hay 76.

Peró estos cálculos son arbitrarios y puede decirse que en Europa el imperio tiene de 15 á 16.000,000 de habitantes, de los cuales un millon son Turcos y millon y medio Búlgaros, Albaneses, Bosnios renegados, y el resto se compone de

igual derecho al gobierno, á las dignidades, á las funciones del templo, de la justicia ó de la administracion: ninguna distincion hay en la raza conquistadora, sino el turbante verde para los descendientes del profeta, nada es por lo demas hereditario. Cuando ascienden desde la mas ínfima condicion á los mas altos puestos, conservan el título de su primera fortuna.

Los descendientes de los vencidos son súbditos clientes, trabajadores, pero tienen libre su cuerpo, su conciencia, su administracion, mediante la capitacion, así como sus bienes mediante el tributo territorial. Si el raya se convierte es exceptuado por el asentador, pero no sale de la condicion de vencido, á ménos que el emperador lo haga por especial decreto ó eleve al convertido á los primeros empleos. Pueden por tanto darse en un Estado así constituido momentos espléndidos, cuando un Mahomet II ó un Soliman se ponen á la cabeza de aquellas hordas, concitando su brutal instinto de saqueo; pero que se fundan con los conquistados en aquella union de la cual proviene únicamente la fuerza, esto no debe esperarse nunca.

La imprevisión es el carácter de los pueblos esclavos, que no pueden examinar las necesidades propias, exponerlas y buscar remedio á ellas; allí no pueden hacerse demostraciones sino por las bayonetas de los genizaros. El pueblo, sacrificado por el señor, sacrifica á su vez al verdugo; pero satisfecho con esta instantánea venganza no provee á la seguridad de su porvenir, al mejoramiento de la posteridad. La administracion interior es sencilla porque es despótica. Hoy mozo de cuerda, mañana visir si al señor le place; y cuando es visir puede recibir la orden de ahorcarse por los lamentos de un mendigo injuriado. De aquí se sigue una terrible igualdad entre los creyentes: todos pueden presentarse á un bajá á cualquier hora del dia, sentarse en el mismo divan, exponerle sus quejas y obtener justicia, sin formalidades, en traje de casa. Pocos saben leer y escribir: el sultan firma con la mano mojada en el tinte-ro, el bajá con el sello. Por consiguiente sin los eternos trámites de los actos judiciales se despacharian los negocios rapidísimamente, si mediante un precio no pudieran ser alargados. Las decisiones suelen ser justas, de buen sentido y patriarcales: pronunciadas se queman los pocos documentos que se han necesitado, y la causa queda irremediamente terminada.

Ese gran señor á quien se supone despota en un imperio grandísimo, no lo es mas que en su capital, porque en ella tiene muchas tropas y artillería. Fuera de allí se presenta la imagen viva del feudalismo. Los bajáes equivalen á los barones, á excepcion de la herencia; las aldeas corresponden á las municipalidades, con rentas

Servios, Moldavos, Valacos, Helenos, Albaneses y Búlgaros cristianos.

Poco quitáremos á la severidad de semejantes juicios, mayormente despues de las constituciones y convenios celebrados últimamente, y despues del irracional entusiasmo que por la Turquía manifestó Europa en 1854.